



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# El Ocio Útil "A través de la epístolas de Plinio el Joven"

Autor:

**Lilia Myriam Formisano**

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

**1955 - 7, pag. 97 - 104**



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# EL OCIO ÚTIL

A TRAVÉS DE LAS EPÍSTOLAS DE PLINIO EL JOVEN

POR

Lilia Myriam Formisano

*"O reclam sinceramque vitam, o dulce otium honestumque ac paene omni negotio pulchrius!"*

C. PLINIUS CAECILIUS SECUNDUS

Cadenciosas olas desvaneciéndose en brillante espuma que los débiles rayos del sol poniente iluminan con suaves tonalidades, juegan graciosamente acariciando con sus burbujeantes manos la esbeltez de un muro señorial, extraño peñasco que la mano del hombre había levantado sobre la costa baja y arenosa como un desafío al maravilloso mar azul. Abierto a su contemplación, el muro aligérase en sucesivos ventanales, limitando circularmente una pequeña habitación, lugar de reposo y meditación, de regocijo y paz interior<sup>1</sup>.

De pie, frente a la grandiosidad del *mare nostrum*, tratando quizá de desentrañar su esencia, un hombre monologa. Es un caballero, un noble romano, en la habitación preferida de su villa Laurentina, en la escogidísima biblioteca, donde celosamente guarda los libros que más impresionaron su sentir, para releerlos en esos dulces atardeceres. Y es aquí donde Plinio el Joven, el magistrado, el hombre público, siéntese verdaderamente feliz<sup>2</sup>.

Roma es ya, hacia el siglo II de la era cristiana, una ciudad cosmopolita, un hervidero de hombres y de intereses, oasis o espejismo de riqueza y poder. Las virtudes ancestrales, valores medulares e incentivos del vivir romano, se ofrendan diariamente en holocausto ante las imágenes de los nuevos dioses: *pecunia et imperium*. La licencia es la nota dominante; más aún, la que da el tono a la vida social<sup>3</sup> y política<sup>4</sup>; "que, rotos los diques de la discreción y el pudor, todo es permitido"<sup>5</sup>. Nadie espera ya ascender por sus méritos personales sino imponerse por su influencia, llámese ésta poder, dinero, astucia, engaño.

El Senado, la más prestigiosa de las instituciones romanas, cuyos ilustres *patres* hicieron de Roma *urbs orbis*, déjase arrastrar también por el mal de la época. Legalmente, la autoridad de los Césares, día a día más fuerte, eclipsa el poder del Senado<sup>6</sup>. Pero cuán distintos son

<sup>1</sup> PLINIUS CAECILIUS SECUNDUS. *Epistulae*, II, 17, 8, a Galo.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, I, 9, 4 al 8 a Minucio Fundano.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, III, 3, 5, a Corelia Hispula.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, VII, 29, 3 a Montano.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, II, 14, 4 a Máximo.

<sup>6</sup> *Op. cit.*, VIII, 14, 1 al 11 a Aristón.

sus integrantes en esta Roma imperial! La rectitud y el talento, dotes indispensables de todo venerable *pater*<sup>7</sup>, parecen haber desaparecido. Grupos diferentes irrumpen tumultuosa y desordenadamente en la Curia. “Tanto nos hemos alejado de las costumbres de nuestros padres —comenta Plinio el Joven en una de sus cartas— que los senadores han olvidado el orden, la compostura, la tranquilidad y hasta el respeto que corresponde a la majestad del lugar<sup>8</sup>.”

¿Qué queda de la antigua nobleza romana? Quizá sólo su nombre. Al aceptar en su seno a italianos, galos, griegos, orientales y egipcios, se ha hecho, como Roma misma, cosmopolita; y, si bien se ha enriquecido con el aporte de nuevos pueblos y nuevas ideas, ha perdido la identidad, la nota clave, su esencia vital.

Por ello, el patricio romano, que aún siente latir en su ser el numen tradicional, apártase muchas veces de la transida ciudad y refúgiase en la agreste campiña romana, deseoso de vivir, en tranquila quietud, su auténtico sentir, el yo profundo de su verdadera personalidad. Plinio el Joven es sólo un ejemplo de ese proceso social, de esa aristocracia romana, que cansada de luchar encuentra, en el apartado existir, el mejor contentamiento.

Empero no siempre la vida permite al hombre satisfacer sus deseos; y Plinio desespera cuando tiene que permanecer en la capital, cumpliendo sus deberes para con la patria, obligaciones que, como varón justo, considera sagradas<sup>9</sup>. Sólo le consuelan las palabras del filósofo Eufrates, su gran amigo: “adfirmat etiam esse hanc philosophiae et quidem pulcherrimam partem, agere negotium publicum, cognoscere, iudicare, promere exercere iustitiam, quaeque ipsi doceant, in usu habere”<sup>10</sup>. El cumplimiento del deber, no obstante las satisfacciones que nos depara, resulta, muchas veces, difícil en su consecución.

La vida de la gran ciudad envuelve al hombre, lo aprisiona en sus intereses y afanes: cada día es una vorágine; pero, reunido el devenir, ¡cuán vacía resulta la existencia! “¡En qué pequeñeces he empleado el tiempo!” —se dice Plinio a sí mismo al analizar, en la tranquilidad de su villa Laurentina, el fruto de su estada en Roma. Y cómo renace él en ese retiro: “O rectam sinceramque vitam, o dulce otium honestumque ac paene omni negotio pulchrius! O mare, o litus, verum secretumque *μουσεῖον*, quam multa invenitis, quam multa dictatis!”<sup>11</sup>.

¡Oh santa y pura existencia, por ser médula del desenvolvimiento intelectual! “El estudio y la pereza, hijos del reposo”<sup>12</sup>, llevaban a Plinio el día, y, como a él, al aristócrata romano que en esas pintorescas villas poníase en contacto con lo más bello que la naturaleza podía ofrecer, y lo más selecto que el ingenio humano había concebido. “Me preguntas qué hago —contesta Plinio a uno de sus camaradas, desde su preferida residencia—; tú lo sabes. Como siempre trabajo para mis amigos, y dedico algunas horas al estudio; y no me atreveré a decir que sería mejor, pero sí mucho más agradable dedicarlas todas”<sup>13</sup>.

El interés por las “bellas letras” es el motivo fundamental de su vi-

<sup>7</sup> *Op. cit.*, IV, 17 a Galo.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, III, 20, 1 al 4 a Máximo.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, VIII, 9 a Urso.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, I, 10, 10 a Atrio Clemente.

<sup>11</sup> *Op. cit.*, I, 9, 6 a Minucio Fundano.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, II, 2, 3 a Paulino.

<sup>13</sup> *Op. cit.*, VII, 15, 1 a Saturnino.

vir, según se desprende de las epístolas<sup>14</sup>. En ellas vemos no sólo al intelectual que se complace en el estudio, sino también al hombre consagrado a enriquecer sus conocimientos y más aún al estilista deseoso de perfeccionar su decir. “Te remito el libro que te anunciaban mis últimas cartas. Ruégote que lo leas y corrijas, según tu costumbre”<sup>15</sup>. En estos términos tan sencillos encontramos redactadas muchas epístolas, dirigidas a los más variados personajes de la época<sup>16</sup>. Pero tras esta aparente simplicidad se entrevé al escritor incansable que busca, en la opinión autorizada, la crítica más oportuna para superarse.

En una espaciosa habitación, abierta a la pradera toscana, prodigioso don divino, y a un pequeño jardín bosquejado por el hombre, un puñado escogido de intelectuales escucha con grande interés la lectura de una obra compuesta por el anfitrión, de quien son honorables huéspedes. La voz cadenciosa, la exquisitez del estilo, los sutiles conceptos tienen un extraño acompañamiento: el cantarino murmullo de las aguas que caen y serpentean en el estanque, parecen elogiar con su musical idioma, la retórica página<sup>17</sup>.

Es una reunión literaria en la casa de Plinio el Joven, quien ha introducido, a la usanza de los griegos, este tipo de cenáculo, criticado —según su propio testimonio— o al menos discutido, por sus contemporáneos. Sin embargo, el resultado de los mismos es fructífero: “pensar que hay “que leer, entrar en el lugar de la reunión, mirar en torno, palidecer, “temblar, todo esto corrige y perfecciona el trabajo”. “Optime autem reverentia, pudor, metus iudicant”<sup>18</sup>.

Estas reuniones eran realizadas por Plinio con un doble objetivo: pulir sus obras<sup>19</sup> y estimular entre sus amigos el afán por el estudio. Es siempre un mecenas frente a los escritores; y, si él solicita consejo, no son menos numerosas las cartas de quienes se interesan por su crítica, no faltando nombres célebres como el de Tácito o Suetonio<sup>20</sup>. A pesar del desinterés general, con su sola presencia, estimula a los poetas noveles y durante sus temporadas en la gran urbe, no deja de concurrir a la lectura de los nuevos poemas<sup>21</sup>. “Por norma, declara —no rehusó mi aplauso y admiración a todo el que se dedica a las bellas letras, porque sé cuán penosa y difícil es la empresa”<sup>22</sup>.

Su crítica resulta siempre erudita y provechosa. Complacido señala, a quien se lo solicita, la mejor senda que conduce al reino de Palas Atenea: la cultura helénica. Su admiración por la Grecia clásica, “cuna de la urbanidad y las letras”, queda consagrada en la recomendación que hace a su amigo Máximo, cuando éste es designado gobernador de la Acaya: “Respetar a Atenas, recuerda que de ese país hemos sacado nuestro derecho, que vencido no le impusimos leyes, sino que fue Atenas, quien “nos dio las suyas, después de suplicárselo”<sup>23</sup>.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, VIII, 19 a Máximo.

<sup>15</sup> *Op. cit.*, I, 2 a Arriano.

<sup>16</sup> *Op. cit.*, I, 8; II, 5; IV, 14; VIII, 3; IX, 18 a Saturnino, Luperco, Paterno, Sparso y Sabino, respectivamente.

<sup>17</sup> *Op. cit.*, V, 6, 23 a Apolinar.

<sup>18</sup> *Op. cit.*, VII, 17, 8 a Celer.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, VIII, 21 a Arriano.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, VII, 20; V, 11.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, I, 13 a Seneción.

<sup>22</sup> *Op. cit.*, VI, 17, 5 a Restituto.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, VIII, 24, 4.

El conocimiento del idioma griego debe ser la base de todo aprendizaje — recalca Plinio —; “la traducción del griego al latín o del latín al “griego es el mejor medio de enriquecer la expresión”. Componer versos, narrar hechos históricos, escribir disertaciones jurídicas, ejercitar el ingenio en diferentes actividades y leer obras seleccionadas, además de ser sus ocupaciones favoritas, son las más provechosas, según su experiencia, para alcanzar la formación cabal del intelecto<sup>24</sup>.

Sin embargo, no todo es escribir y estudiar en esa su vida retirada. Para un espíritu sensible, las obras de la naturaleza ejercen también atracción especial<sup>25</sup>. Las descripciones de las diferentes casas solariegas, incluidas entre sus epístolas, nos hablan de la emoción de Plinio ante el dulce susurro del mar<sup>26</sup>, o al contemplar el verdor de la agreste pradera toscana<sup>27</sup>, o el azul espejo de las aguas del lago de Como<sup>28</sup>.

Al leer la carta a Apolinar, donde hace un bosquejo de su villa de Toscana, podemos informarnos de la disposición de sus diferentes pabellones, de los detalles que le otorgaban comodidad, así las salas de baño: frío y caliente, o de los lugares de esparcimiento, el hipódromo entre otros; pero de ella se desprende algo más que el minucioso inventario material de habitaciones y patios, estatuas y fuentes; en esas pocas líneas está presente, merced a la sensibilidad de su autor, la belleza del lugar: lo agreste y lo pintoresco, la poesía de los árboles en flor, de las immaculadas cumbres nevadas o de la escondida vertiente. La casa — explica Plinio — está enclavada al pie de un grandioso anfiteatro natural, rodeada de elevadas montañas que se continúan en una ondulante pradera, esmaltada de flores, que otorga a la construcción humana un marco tan maravilloso, que al contemplarlo, más que una realidad concreta, parece ser el lienzo de un artista. (“Neque enim terras tibi, sed formam aliquam ad eximiam pulchritudinem pictam videberis cernere; ea varietate, ea descriptione, quocumque inciderint oculi, reficientur”)<sup>29</sup>.

Caminar por la mañana o cuando cae el sol, a la sombra de la brillante alameda, o bajo el hechizo de las primeras estrellas que asoman en el firmamento, embellece y alegra el alma. Cazar, pescar, vivir a pleno sol, forman parte del programa favorito de Plinio<sup>30</sup>.

He cazado tres jabalíes, le cuenta con satisfacción casi infantil, en carta, a Tácito<sup>31</sup>, y dice a Calpurnio Macer que en su villa de Toscana “et venor et studeo, quae interdum alternis, interdum simul facio; nec tamen adhuc possum pronuntiare, utrum sit difficilium capere aliquid an scribere”<sup>32</sup>.

A orillas del lago Laurio se pueden ver varias construcciones, casas de reducidas dimensiones, mandadas edificar por Plinio. Sus preferencias se inclinan por una que se halla casi al borde de las tranquilas aguas que, al par que dan a la villa un encanto especial, permiten, por otra parte, un singular entretenimiento. En los anocheceres es frecuente ver a Plinio pescando. La proximidad del remanso le permite hacerlo desde

<sup>24</sup> *Op. cit.*, VII, 9 a Fusco.

<sup>25</sup> *Op. cit.*, VIII, 20, 10 a Galo.

<sup>26</sup> *Op. cit.*, II, 17 a Galo.

<sup>27</sup> *Op. cit.*, V, 6 a Apolinar.

<sup>28</sup> *Op. cit.*, I, 3 a Caninio Rufo.

<sup>29</sup> *Op. cit.*, V, 6, 13.

<sup>30</sup> *Op. cit.*, II, 8 a Caninio.

<sup>31</sup> *Op. cit.*, I, 6.

<sup>32</sup> *Op. cit.*, V, 18, 2.

su habitación y, desde el lecho arroja los anzuelos como si estuviese en un barco<sup>33</sup>.

Admirador infatigable de la madre naturaleza, no le conforma el espectáculo conocido, por fuer de variado. Inquieto, recorre a pie, o a caballo, la región lindante a su morada, descubriendo ya una hermosa fuente<sup>34</sup> o un escondido lago<sup>35</sup>, tan perfectamente delineado que por momentos dúdase entre una creación humana o una obra divina.

Esta vida pura y sana contrasta visiblemente con el sentir popular. El hombre es, en la Roma imperial, la medida de la existencia; su deseo, su capricho, su goce, la única ley erigida por sobre toda barrera humana y divina. "Vivir plenamente cada minuto, según el egoísta sentir individual" es la consigna del romano, pobre o rico, magistrado o comerciante, latino o nómada, súbdito o César. Es la época de las orgías, de las carreras de aurigas, de los sangrientos espectáculos circenses, cuando el desenfreno y el afán de lucro imperaban por doquier, enseñoreándose de la mente y el sentir.

En carta a un amigo, Plinio comenta en estos términos la resolución del Consejo imperial, por la que se decretaba la supresión de los juegos circenses en la gala ciudad de Viena: "Placuit agona tolli, qui mores Vieniensium infecerat ut noster hic omnium utque in corporibus sic in imperio gravissimus est morbus, qui a capite diffunditur"<sup>36</sup>.

Opinión reafirmada en otra de sus epístolas: "Cuando pienso que se ocupan con incansable inquietud, de pasatiempos tan fúiles (las carreras de carros), me alegro de no compartir tal interés. En los días consagrados a estos espectáculos dedico a las bellas letras el tiempo que los demás pierden en frívolas actividades"<sup>37</sup>.

Vida sana y fructífera, digna de respeto y elogio, no sólo por ser una huída del mal sino porque el continuo estar en la belleza da al espíritu mayor potencialidad para comprender y vivir los eternos valores. El amor a la patria llevó a Plinio a aceptar todas las magistraturas, incluso la de gobernador en la apartada provincia de Bitinia, anteponiendo así el interés general a su propio interés. Dedicar las horas a solucionar conflictos del vivir cotidiano, mientras su espíritu añoraba más y más la agreste campiña, la lectura selecta, el dulce "otium", era el renunciamiento más caro que su sincero patriotismo le imponía.

Como magistrado, su elevado sentido de la justicia, su equidad, fue proverbial, al punto de trascender en el tiempo y registrarse cual rasgo notabilísimo de su personalidad. "Haces muy bien —escribe a Tirón— en administrar justicia en tu jurisdicción tan humanamente, pues lo esencial en este aspecto es "honestissimum quemque complecti atque ita a minoribus amari, ut simula principibus diligere"<sup>38</sup>.

Quien así pensaba y así sentía no podía tolerar el desinterés en el desempeño de los cargos públicos, o el vil usufructo de los mismos por causas individuales, que en tal caso resultaban siempre mezquinas, o el desprestigio de las magistraturas por la actuación irresponsable e indigna de muchos funcionarios de su época.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, IX, 7 a Romano.

<sup>34</sup> *Op. cit.*, VIII, 8 a Romano.

<sup>35</sup> *Op. cit.*, VIII, 20 a Galo.

<sup>36</sup> *Op. cit.*, IV, 22, 7 a Sempronio Rufo.

<sup>37</sup> *Op. cit.*, IX, 6, 3 y 4 a Calvicio.

<sup>38</sup> *Op. cit.*, IX, 5, 1.

Para un romano de alma, violar la majestad del Senado era agravio imperdonable. Plinio relata con sincera amargura un triste suceso, del cual ha sido testigo, durante un escrutinio en el Senado. De acuerdo con la ley Tabelaia que se hallaba en vigencia, habíase proscripto la costumbre tradicional de votar en voz alta, siendo suplida por el sistema de escrutinio<sup>39</sup>. En el transcurso de un comicio, al efectuarse el recuento aparecieron muchas "tabullae" con chistes e ilegalidades; en algunas de ellas estaban consignados en lugar de los nombres de los candidatos los de sus protectores. La indignación fue general ("excanduit senatus magnoque clamore"), pero todos los esfuerzos realizados para identificar a sus autores resultaron vanos, y deshonestos senadores, escudados en la anónima votación, quedaron impunes. "Quae remedia conquiras?". Cómo castigar a quien comienza por no respetarse a sí mismo, —se pregunta Plinio— pues bien poco se valora aquel que con el consabido "¿quién lo ha de saber"?, osa ofender a sus compañeros y agraviar a tan venerada institución<sup>40</sup>.

Otras veces sus epístolas revelan una honda amargura por la falta de responsabilidad de sus contemporáneos, mal común en su época, que se torna grave problema cuando lo padecen quienes deben resolver asuntos relacionados con los destinos de la sociedad. No se concibe que un centunviro, honorable miembro del tribunal de justicia, compre las alabanzas y los aplausos; sin embargo, registremos un espectáculo singular que, según Plinio, es corriente en sus días:

Muy cerca de la basílica puede verse a un joven centunviro, sin duda recientemente designado, asegurarse su éxito. Lo rodean un grupo heterogéneo de hombres, que reciben de sus manos por riguroso turno una suma de dinero. Son ellos los σοφοκλεῖς o *laudicoeni*, gentes pagadas para aplaudir, según la etimología del vocablo griego, o aduladores por una comida, si nos atenemos a la palabra latina. Los *laudicoeni* entran ahora en la basílica y en ella se instalan; cólmase el ámbito de ésta, y dada la señal preestablecida, aplausos y alabanzas resuenan en el foro, remarcando la disertación del flamante centunviro.

Plinio aconseja, al ver tan generalizada esta práctica, que para juzgar a un abogado basta acercarse a la basílica cuando esté disertando, y desde lejos, sin necesidad de prestar mayor atención, fácilmente puede formarse el interesado un concepto exacto de su actuación, teniendo presente que es regla segura: el más aplaudido es el que peor se expresa. ("Scito eum pessime dicere, qui laudabitur maxime")<sup>41</sup>.

Con el mismo celo con que anatemiza, Plinio alaba el comportamiento intachable, la rectitud en el proceder, refiriendo a sus amigos episodios, al parecer intrascendentes, ejemplos acabados de honorabilidad. Para la historia, la vida del cuestor Egnacio Marcelino carece de interés, pero para quien desee conocer la figura de Plinio el Joven, es un elemento digno de mención el comprobar que la escrupulosidad y el detalle están presentes en sus juicios condenatorios, como en sus sentencias elogiosas.

Ejercía Egnacio Marcelino el cargo de cuestor en una provincia, cuando muere en forma repentina su amanuense. Sin pérdida de tiempo Marcelino devuelve al fisco los honorarios de dicho empleado, que de antemano le habían sido pagados. Plinio no deja pasar inadvertido este gesto de honradez, lo relata en carta a su amigo Arriano y le pide que también él

<sup>39</sup> *Op. cit.*, III, 20 a Máximo.

<sup>40</sup> *Op. cit.*, IV, 25 a Messio Máximo.

<sup>41</sup> *Op. cit.*, II, 14, 8 a Máximo.

haga llegar a Marcelino su enhorabuena. (“Tu lauda Marcellinum, ut ego statim feci”)<sup>42</sup>.

Documentos de verdadero valor son las cartas de Plinio a su esposa Calpurnia<sup>43</sup>, o su correspondencia con Plinio el Viejo, tío y tutor<sup>44</sup>, pues ellas hablan de profundidad de sentimientos y de veneración y respeto al hogar, tanto más loable, si pensamos que en esos días la familia, la médula nuclear por excelencia de la vida social, se desvanecía en medio de la molicie y el libertinaje.

La práctica del culto tradicional es respetada por este romano que parece entroncarse, saltando sobre el tiempo, con los antiguos *patres*. En un pueblecillo de Toscana, Eifermo, especialmente grato a su recuerdo, pues allí ejerció por primera vez la abogacía, mandó construir un templo. “Adventus meos celebrat, profectinibus angitur, honoribus gaudet. In hoc ego ut referrem gratiam, templum pecunia mea extruxi”<sup>45</sup>.

Costeó igualmente la reparación de un templo de Ceres, situado en sus dominios, financiando los gastos y ocupándose personalmente de diseñar las modificaciones y los detalles que debían dar suntuosidad a la construcción<sup>46</sup>.

Espíritu generoso ábrese en abanico viviendo en el prójimo, a quien le otorga su cariño y su apoyo. Darse a los demás, hacer suyas las preocupaciones ajenas, interesarse por el porvenir de sus amigos y bregar por él, eran cosas tan extrañas en ese momento, que no faltaron, entre sus contemporáneos, quienes lo censurasen. A estos espíritus mezquinos Plinio respondía: “Nunca me persuadirán de que quiero demasiado a los míos”<sup>47</sup>.

A un compatriota y condiscípulo, Romatio Firmo, le regala trescientos mil sestercios para que, unidos a sus ahorros, le permitan ascender al cargo de caballero<sup>48</sup>. Esta forma desinteresada de ayuda siembra por doquier alegría y satisfacción; hasta su humilde nodriza ve asegurada su vejez al recibir de Plinio una finca, ocupándose él personalmente de velar por su máximo rendimiento. Así le pide a Vero; “Gratias ago quod agellum quem nutrici meae donaveram colendum suscepisti. Erat, cum donarem, centum millium nummum... Tu modo memineris commendari tibi a me non arbores et terram, quamquam haec quoque, sed munusculum meum; quod esse quam fructuosissimum non illius magis interest, quae accepit, quam mea, qui dedi. Vale”<sup>49</sup>. Trasunto fiel del sentir de Plinio, esta epístola nos refleja su exquisita afectividad y sensibilidad, que lo lleva no ya a ser generoso, sino hasta olvidarse muchas veces de sí mismo para resolver el problema ajeno, poniendo en manos del amigo o camarada su dinero, si es que pecunia necesita; su prestigio e influencia, como en el caso de Sexto Erucio, que gracias a su mediación alcanza el cargo de tribuno<sup>50</sup>; o su consejo autorizado, ocupándose con todo cariño, según la epístola a Mauricio,

<sup>42</sup> *Op. cit.*, IV, 12, 5.

<sup>43</sup> *Op. cit.*, VI, 7; VI, 4; VII, 5.

<sup>44</sup> *Op. cit.*, VI, 16.

<sup>45</sup> *Op. cit.*, IV, 1, 4, y 5 a Fabato Prosocero.

<sup>46</sup> *Op. cit.*, IX, 39 a Mustio.

<sup>47</sup> *Op. cit.*, VII, 28, 3 a Septicio.

<sup>48</sup> *Op. cit.*, I, 1, 19.

<sup>49</sup> *Op. cit.*, VI, 3.

<sup>50</sup> *Op. cit.*, II, 9, 1. *Anxium me et inquietum habet petitio Sexti Eruci mei. Adficio cura et quam pro me sollicitudinem non adii quasi pro me altero patior; et alioque meus pudor, mea existimatio, mea dignitas in discrimem adducitur.*

en buscar un preceptor competente a quien confiarle la educación de un sobrino de su amigo<sup>51</sup>.

Su ayuda no conoce límites, ni establece diferencias, para él “mío” es el semejante, sin distinción de edad, categoría o riqueza. Si a Corelia, hermana de su íntimo amigo Corelio Rufo, le vende unos campos cerca de Como por setecientos mil sestercios, aun cuando su precio real era de novecientos mil, en homenaje a la amistad<sup>52</sup>; en nombre también de este sentimiento intercede frente a Sabiniano por uno de sus libertos que logra, gracias a la mediación de Plinio, el perdón de su amo<sup>53</sup>.

El trato bondadoso a los esclavos ha perdurado como uno de los rasgos característicos de esta personalidad<sup>54</sup>. En cierta ocasión asistía Plinio a un banquete, en casa de un acaudalado señor, cuando comprobó sorprendido que se servían tres clases de vino; una para el anfitrión y los invitados más distinguidos, otra para los amigos de segunda clase y un tercero para los libertos y esclavos. Recabada su opinión sobre este proceder contestó que en su casa el servicio era igual para todos, incluso para los esclavos: “Mis libertos no beben el mismo vino que yo, sino que yo bebo el mismo vino que mis libertos”<sup>55</sup>.

La templanza y la justicia se cuentan también entre las virtudes practicadas por Plinio. A alguien que lo invita a comer le responde: “Acudiré a tu cena, pero con esta condición, que la comida sea corta y frugal”<sup>56</sup>.

La rectitud de su conducta abarca todas las facetas de su existencia, ya se lo analice como simple ciudadano o como magistrado. Cuando las más altas dignidades eran vendidas al mejor postor y desempeñadas, las más de las veces, con fines lucrativos, Plinio aconsejaba a un amigo, recientemente nombrado tribuno, que no se ocupase de la defensa de causas particulares, pues dada la posición de privilegio, inherente a dicha magistratura, sería una falta de delicadeza ejercer al mismo tiempo la abogacía. “Por tal razón —agregaba— cuando yo desempeñé el mismo cargo, preferí ser tribuno de todos los ciudadanos a ser abogado de unos pocos”<sup>57</sup>.

Fiel al lema del estoicismo: “no equiparar ἡμὲν κακὸς ἢ δὲ καὶ ἔσθλός”<sup>58</sup>, buscó en la vida el camino más recto, alcanzó su meta individual e inconscientemente, trasponiendo su propio yo, informó su paso por la vida con un fin trascendente.

En ese caos de intereses y pasiones; en esa candente fragua que era el Imperio romano, donde todo y todos contribuían a avivar el fuego, cuyo chisporroteo aumentaba y se enardecía vanamente, sin forjar bien alguno; en ese deambular por la vida sin más norte que el bienestar económico y la satisfacción carnal, una reducida minoría mantenía fiel a las tradiciones, sintiendo y viviendo en conformidad con su glorioso pasado.

...Y en dulce *otium*, unos pocos romanos, no importa su número, ni sus nombres, salvaron para las generaciones futuras, el incomparable genio de Roma.

<sup>51</sup> *Op. cit.*, II, 18.

<sup>52</sup> *Op. cit.*, VII, 11, 8.

<sup>53</sup> *Op. cit.*, IX, 21.

<sup>54</sup> *Op. cit.*, V, 19; VIII, 1; Liber VIII, 16, a Paulino, Septicio y Paterno, respectivamente.

<sup>55</sup> *Op. cit.*, II, 6, 4 a Vito.

<sup>56</sup> *Op. cit.*, III, 12, 1 a Catilio.

<sup>57</sup> *Op. cit.*, I, 23, 4 a Pompeyo Falcón.

<sup>58</sup> *Op. cit.*, VIII 2, 8 a Calvisio.